La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla

Alfonso Lazo
José Antonio Parejo
Universidad de Sevilla

A estas alturas, y a pesar de las ya muy abundantes investigaciones sobre Falange, aún desconocemos cuestiones fundamentales en torno al fascismo español. No sabemos todavía cuántos eran los falangistas en los distintos momentos significativos de su historia (la República; a partir de febrero de 1936; el incremento experimentado desde el 18 de julio hasta el 19 de abril de 1937; la posguerra...), a qué clase social pertenecían; si eran jóvenes o viejos y cuál era su procedencia política. Un desconocimiento debido en gran parte a la destrucción sistemática de papeles que se llevó a cabo en los archivos de las delegaciones provinciales del Movimiento, entre las primeras elecciones democráticas de 1977 y el referéndum de la Constitución de 1978. Una destrucción que comenzó, precisamente, por las listas y fichas de afiliados; lo cual explica por qué esos listados no aparecen hoy por parte alguna en el Archivo General de la Administración donde se guarda el grueso de los documentos sobre Falange. Y explica también las vaporosas referencias que suelen hacerse en los estudios de nuestro fascismo cuando llega la hora de cuantificar.

Así, tomando la etapa clandestina de la Falange vemos cómo la cifra inicial de 25.000 falangistas que aportó en 1965 el profesor Stanley Payne [1] ha sido compartida pero también rebatida por los diferentes investigadores que desde entonces se han ocupado del

[1] PAYNE, S. G.: *Falange. Historia del fascismo español,* París, Ruedo Ibérico, 1965. Hemos utilizado la edición de 1985 en Sarpe, p. 100.

discurrir histórico de FE de las JONS. Uno de los historiadores que recientemente ha suscrito la cifra del hispanista norteamericano ha sido el profesor José Luis Rodríguez Jiménez, autor de una de las monografías más recientes que se han publicado sobre el partido fascista español[2]. Sin embargo, Ricardo Chueca, al que le debemos el primer estudio sistemático sobre el tema y uno de los que mejor conocen la evolución de FET, escribe que la cifra total en el período clandestino no rebasaría los 6.000 nacionalsindicalistas para el conjunto del Estado[3]. Y Julio Gil Pecharromán, citando cálculos de Ximénez de Sandoval, tasa la militancia en unos 70.000 fascistas[4]; pero advirtiendo enseguida que «dada la clandestinidad y la carencia de archivos del Partido es imposible cuantificar» estas cifras de afiliados[5]. Tampoco el número de militantes que acuden a las JONS locales, a partir del 18 de julio, acaba de estar claro. Así, por ejemplo, en obras como las de Stanley Payne y Javier Tusell, encontramos cálculos bien diferentes. En el primero leemos que, si bien FET-JONS gestionaba las fichas de 650.000 camaradas en 1939, ésta no se estancaría ahí y alcanzaría el tope en 1942 (siendo secretario general José Luis Arrese) con 932.000 camisas azules, el máximo que tuvo en su historia[6]. Un tope que para Javier Tusell no se alcanza en 1942 sino en 1945 con un millón de afiliados[7]. Discrepancias numéricas que en realidad nos demuestran una vez más las dificultades que encontramos a la hora de proceder al estudio de la Falange. Este trabajo, pues, intenta ser una respuesta concreta al problema; escogiendo como muestra la provincia de Sevilla, más algunas catas en Cádiz, Huelva, Córdoba y Badajoz.

En primer lugar, hemos recurrido a los archivos municipales de los pueblos, mucho menos afectados por la destrucción de docu-

---

[2] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 208.

[3] CHUECA, R.: *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983, p. 130.

[4] GIL PECHARROMÁN, J.: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

[5] *Ibid.*

[6] PAYNE, S. G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 484, y del mismo autor, *El primer franquismo, 1939-1959. Los años de la autarquía*, Madrid, Historia 16, 1997, p. 8.

[7] TUSELL, J.: *Historia de España en el siglo XX. La dictadura de Franco*, vol. 3, Madrid, Taurus, 2000, p. 112.

mentos que las delegaciones provinciales [8]. Y, en segundo lugar, hemos tenido la suerte de poder trabajar en el Archivo Histórico del Tribunal de la Región Militar Sur (AHTRMS) en Sevilla, donde se guardan, desde comienzos del siglo XX, todos los procesos incoados por la justicia militar. Dicho archivo no está abierto al público ni catalogado y trabajar en él supone excavar en una mina. Pero los hallazgos merecen la pena, pues cada legajo no sólo nos informa del supuesto delito, de la investigación policial o de la sentencia dictada por el juez, sino también, a veces, en centenares de folios, se nos da noticia sobre aspectos variadísimos de la vida cotidiana, las relaciones sociales o el imaginario colectivo. Hemos utilizado, así, aquellos «empapelamientos» que hacen referencia a falangistas y hemos conocido así, no sólo sobre su «comportamiento legal», sino sobre toda su vida; la de sus jefes; la hora, por ejemplo, a la que se levanta una especie de comisario político de Falange en el crucero Canarias; los proyectos de reforma agraria de un jefe local o el número de militantes de una agrupación y sus relaciones con los vecinos.

A partir de estos archivos, más la inexcusable presencia en Alcalá de Henares y, en ocasiones, la oportunidad de consultar la documentación en manos privadas hemos elaborado los datos y los casos que aparecen en este trabajo; con dos precisiones que nos parecen de rigor. Primera: seguimos sin conocer la militancia falangista de la ciudad de Sevilla; por tanto, todas las cifras que damos hacen referencia exclusivamente a las zonas rurales, salvo aquellos casos que señalaremos oportunamente. Segunda: de los 101 municipios sevillanos, excluida la capital, se encuentra documentación abundante sobre Falange en 67 de ellos y es posible que este número se incremente a lo largo de nuevas indagaciones más meticulosas. De esas localidades, hemos conseguido un retrato completo de la militancia falangista (número de afiliados, composición social, estatus económico de cada militante, fechas de afiliación, edades, procedencia política), en quince de ellas. Quizás puede objetarse que es un porcentaje pequeño para sacar conclusiones aplicables al conjunto de la provincia; no obstante, los pueblos estudiados son representativos de cada una de las comarcas naturales y, sobre todo, no se da en ellos ni una sola discordancia, repitiéndose en todas las localidades el mismo modelo. Más todavía:

[8] Para la documentación sobre Falange en los archivos municipales de los pueblos véase LAZO DÍAZ, A.: «Sevilla: a la recerca del feixisme rural andalús», en *L'Avenç*, núm. 251 (2000), pp. 43-44.

en los sondeos hechos sobre las provincias de Huelva, Cádiz, Córdoba y Badajoz también nos encontramos con la misma carencia de excepciones. Así, es razonable pensar que el «retrato robot» de la militancia falangista en el suroeste español que hemos conseguido venga a coincidir con el retrato real, una vez estudiadas todas las agrupaciones locales de FE y FET en la zona geográfica escogida.

* * *

Como es bien sabido, la Falange sevillana anterior a febrero de 1936 no era sino un grupúsculo político que no alcanzaba los 400 afiliados y que, aparte de la ciudad de Sevilla, sólo mantenía una mínima presencia en siete pueblos de la provincia. Ahora bien, el triunfo del Frente Popular fue como el pistoletazo de salida de la Falange hispalense (y, muy probablemente, de la de todo el suroeste de España) que empieza a crecer justo en el momento en que afiliarse al fascismo no era, desde luego, una canonjía. En los pueblos donde hemos completado el estudio se pasa, entre febrero y julio, de la nada a la constitución de agrupaciones falangistas que oscilan entre doce afiliados como mínimo y 117 como máximo [9]; con casos verdaderamente espectaculares: el de la villa de Estepa (Sevilla), algo menos de 10.000 habitantes, donde los «camisas azules» progresan desde seis en 1935 a 101 en la primavera de 1936 [10]; el de Marchena (Sevilla), cercana a los 20.000 habitantes, donde la jefatura local ya contaba con 88 joseantonianos antes de las elecciones de febrero de 1936, número que se acrecentaría hasta alcanzar la cifra de 117

[9] Una vez más hemos de insistir en que estas cifras se refieren exclusivamente a los pueblos de la provincia, pues ignoramos el número de afiliados en la ciudad de Sevilla. Sin embargo, el incremento de la militancia falangista, entre febrero y el 18 de julio de 1936, debió de ser también muy rápido no sólo en Sevilla, sino en todas las capitales de España. Una militancia, en su sentido más estricto: dispuesta al sacrificio de la disciplina y a correr grandes riesgos. Conocemos a través de las fuentes manejadas dos casos concretos: en Madrid, en menos de veinticuatro horas, entre el 19 de julio y el 20 de julio, 400 falangistas entraron, a una orden recibida, en el Cuartel de la Montaña para unirse a los militares sublevados (AHTRMS, legajo 150, núm. 5.838, pp. 1 y 2), y en Cádiz el primer día de la insurrección se movilizaron en la ciudad alrededor de 500 afiliados (AHTRMS, legajo 147, núm. 5.625, p. 23). Para la militancia falangista en la ciudad de Sevilla en 1934 (unos 400 afiliados), véase CARMONA OBRERO, F. J.: *Violencia política y orden público en Andalucía occidental, 1933-1934*, Madrid, Ministerio del Interior, 2002.

[10] Archivo Municipal de Estepa, legajos 670 y 671, y libros 1.082 y 1.083. En lo sucesivo, Archivo Municipal: AM.

«camisas viejas» en vísperas de la entrada de las tropas golpistas en la población [11] y, sobre todo, el ejemplo de la jefatura de Villanueva de San Juan, una pequeña población enclavada en la Sierra Sur de Sevilla con algo más de 2.800 habitantes y en la que la Falange, el 11 de septiembre de 1936 (día en el que las milicias de Franco tomaron la villa), contaba ya con el 46,22 por 100 de la militancia total; es decir, con 116 falangistas [12].

Luego, a partir del 18 de julio, la gran explosión: Falange en Sevilla, y en el plazo de dos meses, se convierte en un partido de masas, muy por encima de sus socios levantados en armas contra la República. He aquí varios casos significativos:

CUADRO

Los ritmos de la afiliación falangista durante las diferentes etapas de la Falange sevillana

Jefaturas de	*Antes de febrero de 1936*	*Entre elecciones y entrada tropas*	*Entre ocupación y el 19-4-1937*	*A partir del Decreto de Unificación*	*No consta fecha*	*Total*
Alanís de la Sierra	7	14	194	12	1	228
La Campana	—	49	169	22	8	248
Cazalla de la Sierra	—	88	360	116	23	587
Estepa	10	99	262	47	44	462
Marchena	88	29	800	214	36	1.167
El Rubio	7	34	126	5	4	176
Villanueva de San Juan	70	46	119	15	1	251
Villaverde del Río	71	12	361	10	23	477

Fuente: elaboración propia a partir de los documentos conservados en los siguientes archivos: AM de Alanís de la Sierra, legajo 378; AM de La Campana, legajos 379, 380 y 381, y libros 567 y 568; AM de Cazalla de la Sierra, legajos 658, 659, 660 y 661; AM de Estepa, legajos 670 y 671, y libros 1.082 y 1.083; AM de Marchena, carpetas 977, 990, 991, 992, 993, 994 y 995; AM de El Rubio, legajo 331 y libros 703, 704, 705, 706 y 707; AM de Villanueva de San Juan, legajos 225 y 226, y libro 271; AM de Villaverde del Río, legajo 325, y libros 488 y 489.

[11] AM de Marchena, carpetas 977, 990, 991, 992, 993, 994 y 995.

[12] AM de Villanueva de San Juan, legajos 225 y 226, y libro 271. Es el único pueblo sevillano, de los investigados hasta el momento, en que el porcentaje más importante de afiliados ya estaban encuadrados en la Falange «clandestina».

Pero, quizás, más significativo aún sea el ritmo y las circunstancias de las afiliaciones. Por ejemplo, en Higuera de Vargas (Badajoz), antes del 18 de julio viven en el pueblo tres falangistas; entradas las tropas nacionales el 26 de agosto de 1936, ese mismo día se afilian veintitrés personas y diez días después ya tenemos 215 militantes [13]. En Higuera de la Sierra (Huelva), el 1 de enero de 1937 ya hay una Falange de Primera Línea, tres Falanges de Segunda Línea, 109 afiliados a la Central Obrera Nacional Sindicalista, una centuria de Flechas y 140 militantes de la Sección Femenina [14]. En Aznalcázar, una aldea sevillana de 2.000 vecinos, en vísperas de la unificación pertenecen a FE de las JONS 152 varones, incluido el mendigo cuyo lugar habitual era la puerta de la iglesia [15]. En la vecina Benacazón, con 3.000 habitantes, en un solo día, 6 de noviembre de 1936, se apuntan de golpe a la Sección Femenina 52 mujeres, la mayor con noventa años y la menor con cuatro [16]. En Marchena, el mismo día en el que entran las tropas sublevadas y sin tiempo material para reconstituir la Falange ya acude un vecino para tramitar el alta, al día siguiente dos más y así día tras día, de tal manera que cuando 1936 toca a su fin la JONS marchenera cuenta con 723 nacionalsindicalistas [17]. En Villaverde del Río (localidad enclavada en la Vega del Guadalquivir y cercana a los 2.500 habitantes), seis días después de haber sido ocupada la localidad, la organización joseantoniana tramita los diez primeros carnés, que no fueron los únicos: a fines de 1936 los ficheros guardaban los datos de 330 camaradas [18]. La misma oleada en otra pequeña población como La Campana (algo más de 5.500 vecinos), en la que al día siguiente de producirse la entrada de las tropas del general Queipo de Llano acudieron los cinco primeros militantes de una larga lista que a fines de año ya reunía a 168 joseantonianos [19]. Y, en fin, en dos hermosos pueblos de la Sierra Norte de Sevilla, Alanís de la Sierra y Cazalla de la Sierra, el crecimiento es espectacular. En Cazalla, «a partir del 12 de agosto de 1936 [día en el que entraron las tropas] los

[13] AHTRMS, legajo 126, núm. 4.230, pp. 34-36.
[14] AHTRMS, legajo 119, núm. 3.786, p. 5.
[15] AM de Aznalcázar, legajo 459.
[16] AM de Benacazón, legajo 412.
[17] AM de Marchena, carpetas 977, 990, 991, 992, 993, 994 y 995.
[18] AM de Villaverde del Río, legajo 325, y libros 488 y 489.
[19] AM de La Campana, legajos 379, 380 y 381, y libros 567 y 568.

hombres acudieron diariamente al cuartel falangista y, de este modo, cuando hubo acabado este mes, la sección masculina terminó con 36 nuevos camaradas»; en vísperas del decreto de unificación, la JONS cazallense había multiplicado por cinco la cifra inicial de «camisas viejas» [20]. En Alanís la organización joseantoniana fue más allá y logró multiplicar por más de diez los 21 falangistas que estaban afiliados en la Falange «clandestina» [21].

Un partido de masas, pues, que concluida la guerra ofrece un número de afiliados espectacular: en 1940 militan en la Falange sevillana 88.632 personas, en la de Huelva 12.494, en la de Jaén 66.783, en la de Málaga 19.819 y en la de Córdoba los 2.500 afiliados correspondientes a la maltrecha jefatura de la capital [22]. O sea, que ya vamos sabiendo cuántos eran nuestros fascistas. Pero también empezamos a conocer quiénes eran.

* * *

En el mes de de enero de 1937, el diario *FE*, órgano de la Falange sevillana escribía: «Haciendo un cálculo (sin pasión y con la más sincera objetividad) de los millares de voluntarios enrolados en las Milicias de los frentes, se llegaría a la conclusión de que el 90 por 100 pertenecen a las fornidas y silenciosas masas campesinas» [23]. Por supuesto, el porcentaje de campesinos que se nos da resulta un disparate, pero no lo es decir que en Sevilla las clases trabajadoras constituyeron, a partir del 18 de julio, y en menor escala desde febrero de 1936, la mayoría militante de Falange, con una altísima presencia de jornaleros.

En efecto, antes de las elecciones de febrero, en el pequeño grupo que constituye el fascismo sevillano, si bien encontramos un

---

[20] Números y porcentajes en PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*, Tesis de Licenciatura, Departamento de Historia Contemporánea, 2002, en prensa.

[21] *Ibid.*

[22] Cifras y notas en PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: «Nuevos datos sobre la afiliación falangista en Andalucía», en AAVV: *Homenaje al Profesor Alfonso Braojos*, Sevilla, Universidad y Ayuntamiento, 2001, pp. 375-382. Es posible que estas cifras estén infladas; en todo caso, debe tenerse en cuenta el decreto de unificación que incorpora al requeté y a otros grupos menores, así como la orden de Muñoz Grande —entonces secretario general del Partido—, del 4 de diciembre de 1939, promoviendo a los ex combatientes a categoría de militantes de FET.

[23] *FE*, 22 de enero de 1937, p. 5.

puñado de obreros, bastantes estudiantes —más de bachillerato que de universidad—, profesionales de clase media y unos pocos militares[24], el tono lo dan los señoritos: latifundistas de secano y miembros de la nobleza hispalense. Es un partido de aristócratas; tanto que de los 123 apoderados o interventores de mesa, nombrados por FE, en las elecciones del 16 de febrero, seis de ellos son de estirpe nobiliaria y otros catorce pertenecen a familias más que conocidas y acomodadas; incluso en el juvenil y aparentemente popular SEU nos topamos con otros cinco apellidos de rancio abolengo[25]. Sin embargo, el triunfo del Frente Popular empezó a cambiar la composición social y el tono general del Partido; de tal forma que en vísperas del levantamiento militar, en lo referente a las zonas rurales analizadas, el porcentaje de profesiones extraído de las listas y fichas de afiliación es el siguiente: jornaleros, 19,3 por 100; obreros, 6,1 por 100; empleados, 21,5 por 100; artesanos, 11,9 por 100; comerciantes, 5,2 por 100; estudiantes, 13,5 por 100; profesionales, 9,8 por 100, y agricultores, 4,2 por 100[26]. Pero es la afluencia multitudinaria que sigue al 18 de julio lo que altera definitivamente el rostro de FE-JONS; pues ya no estamos hablando de una pequeña organización, sino de una organización de masas, donde la masa jornalera representa la mayoría. Así, para el año 1938, la composición social de la FET sevillana resulta ser ésta: jornaleros, 22,6 por 100; obreros 8,9 por 100; empleados, 14,6 por 100; artesanos, 10,3 por 100; comerciantes, 7,1 por 100; estudiantes, 2,5 por 100; profesionales, 10,6 por 100, y agricultores 12,4 por 100. Es decir, como cualquier otro partido fascista, la Falange de Sevilla muerde en todas las clases sociales y mantiene un altísimo porcentaje de clase trabajadora: el 46,1 por 100[27].

---

[24] CARMONA OBRERO, F. J.: *Violencia política..., op. cit.*

[25] Archivo de D. Miguel Artacho (Sevilla), Sección Pérez Blázquez, «Poder electoral» y cartulinas manuscritas de escuadristas del SEU.

[26] LAZO DÍAZ, A., «Sevilla a la recerca...», *op. cit.*, p. 49.

[27] *Ibid.* El bajo número de obreros y estudiantes se explica por quedar excluida la capital. Con todo, también en las ciudades la afluencia de obreros hacia el fascismo debió de ser espectacular. En una fecha tan temprana como octubre de 1936, un dirigente de la católica CESO se quejaba por carta de que «Falange coacciona a los obreros y los amenazan por las obras y por las fábricas hasta el punto de que muchos ingresan en las CONS, pero en grandes cantidades y andan por las calles con los distintivos» (citado en THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pp. 124-125). Es posible, o no, que las coacciones existiesen,

Sin duda, las cifras que acabamos de dar son por sí mismas suficientemente ilustrativas, pero lo resultan aún más al compararlas, por ejemplo, con los voluntarios de la capital andaluza que se apuntan en las Milicias Nacionales. Mientras lo que llama la atención en las filas falangistas es la abundancia de trabajadores, las Milicias Nacionales sevillanas tienen, en números redondos, la composición social que sigue: alta burguesía (agrícola e industrial), 14 por 100; grandes empleados (gerentes y apoderados), 10 por 100; clase media (profesionales y funcionarios), 27 por 100; pequeña burguesía, 25 por 100; empleados, 18 por 100, y obreros, 4 por 100[28]. Por otro lado, el cuadro de la militancia falangista se perfila hasta una extrema nitidez cuando analizamos las cuotas que tales afiliados pagaban al Partido, pues entonces desaparece todo resto de ambigüedad a la hora de interpretar qué significa, pongamos por caso, «agricultor», «comerciante» o «empleado».

Como es sabido, las cédulas de identificación personal de los españoles (antes de la introducción del carné de identidad) estaban divididas en 16 «categorías» según la renta de su poseedor. Así, la tercera, segunda y primera categoría de cédula indicaba unos ingresos anuales de entre 40.000 y más de 60.000 pesetas, mientras que las cédulas de la 12.ª a la 16.ª categoría suponían unas rentas comprendidas entre las 3.500 y 750 pesetas al año. Las cuotas, entonces, estaban en relación con esos documentos: los millonarios pagaban 50 pesetas al mes, cuando los más pobres no superaban los 50 céntimos mensuales. Por ejemplo, en el pueblo de Arahal, a finales de la guerra civil, ocho falangistas podían considerarse como gente acomodada (pagaban una cuota de 10 pesetas); 69 tenían un buen pasar (cuotas entre 2,50 y 5 pesetas); 205 eran trabajadores pobres (entre 1 y 2 pesetas) y 147, la mayoría de ellos jornaleros, sólo podían ser clasificados de miserables al pagar una cuota de 0,50[29]. En Marchena, siete afiliados pagaban cuotas de entre 7,50 y 10 pesetas; 159 aportaciones que oscilaban entre las 2,50 y las 5 pesetas; la inmensa mayoría, 807 camaradas, eran pobres y contribuían con 1

---

pero de lo que no cabe duda es de que los trabajadores urbanos se estaban afiliando a una organización de FE, la Central Obrera Nacional Sindicalista, en «grandes cantidades», y en sólo cuatro meses escasos, y presumiendo por las calles de sus insignias.

[28] Archivo Histórico Municipal de Sevilla, caja A-5.694.

[29] AM de Arahal, legajo 865.

o 2 pesetas y 23 no llegaban a la peseta mensual[30]. En La Campana, la pobreza era aún mayor: sólo 14 afiliados satisfacían cuotas de entre 3 y 5 pesetas; a la gran mayoría, 156 «camisas azules», sólo les alcanzaba para ingresar 1 o 2 pesetas, y 46 camaradas pagaban menos de la peseta porque sus ingresos no daban para más[31]. Una de las jefaturas locales sevillanas más pobres es la de El Rubio: aquí el 100 por 100 de los afiliados no superaban las 2 pesetas; en concreto, 104 pagaban una peseta, y sólo 26 hacían lo propio con dos[32]. En Villaverde del Río, la pobreza también caracterizaba a la militancia nacionalsindicalista: 15 integrantes de la Falange local aportaban entre 2,50 y 5 pesetas; 72 hacían lo mismo pero con 1 o 2 pesetas y la gran mayoría, 364, eran tan pobres que sólo les alcanzaba para contribuir con 50 céntimos[33]. En Alanís de la Sierra, 34 socios vivían sin muchos apuros y podían permitirse cuotas que oscilaban entre las 2,50 y las 5 pesetas; 93 eran pobres y sólo ingresaban mensualmente cuotas comprendidas entre 1 y 2 pesetas y a 89 falangistas la miseria los atenazaba tanto que sólo podían, con muchos esfuerzos, satisfacer 50 céntimos[34]. Por último, Cazalla tampoco se aparta de la tónica general que venimos retratando: dos afiliados vivían cómodamente y podían desembolsar al mes 10 pesetas; 50 también pasaban la posguerra sin muchos apuros pero no tan holgadamente como lo anteriores, de ahí que pertenecieran al estrato comprendido entre las 2,50 y las 5 pesetas; la gran mayoría, sin embargo, y como sucedía en las demás jefaturas de la provincia, pasaban grandes apuros y se esforzaban por reunir 1 o 2 pesetas al mes para las arcas de FET; a 143 lo consideramos míseros ya que casi no pueden con los 50 céntimos, y hay tres que son tan menesterosos, tan indigentes, que a dos de ellos los jerarcas les permitían minúsculos pagos de 25 céntimos y al otro ni siquiera eso, sencillamente no pagaba su cuota. Y, en fin, un solo afiliado, millonario, que no tiene problemas

[30] AM de Marchena, carpetas 977, 990, 991, 992, 993, 994 y 995. No constan las cuotas de 168 afiliados.

[31] AM de La Campana, legajos 379, 380 y 381, y libros 567 y 568. No constan las cuotas de 45 militantes.

[32] AM de El Rubio, legajo 331 y libros 703, 704, 705, 706 y 707. No constan 46.

[33] AM de Villaverde del Río, legajo 325 y libros 488 y 489. No constan las aportaciones de 10 camaradas.

[34] Datos en PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: *La Falange en la Sierra Norte..., op. cit.* No constan las cuotas de 12 socios.

para desembarazarse de 50 pesetas al mes, un dineral que sólo podía permitirse el registrador de la propiedad [35].

Ejemplos que se repiten, apenas sin variación, en cada uno de los pueblos estudiados. O sea, nuestros fascistas rurales no sólo eran en su mayoría trabajadores, eran, además, pobrísimos: el comerciante, un minúsculo tendero; el agricultor, casi siempre un minifundista; obreros y jornaleros, receptores de un salario de miseria; cualquier cosa, por su aspecto, menos un partido de la burguesía, instrumento del gran capital, cual proclama la vulgata marxista.

* * *

Viene siendo frecuente sostener, para explicar el incremento vertiginoso de la militancia, que durante las primeras semanas de la guerra civil el partido joseantoniano fue un paraguas protector bajo el que buscaron refugio todos aquellos que temían ser tildados de izquierdistas y corrían el riesgo de la cárcel o el paredón: las masas jornaleras, los obreros, los más pobres habrían sido atraídos hacia FE por una búsqueda de seguridad [36]. Sin embargo, a nuestro entender, el deseo de sentirse seguro no fue el único motivo, ni mucho

[35] *Ibid.* No constan las cuotas de 94 falangistas.

[36] Se han hecho algunos intentos más finos que el del mero paraguas protector para explicar la afluencia proletaria hacia nuestro fascismo. FERRARY, Á.: *El franquismo. Minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, Pamplona, EUNSA, 1993, p. 68, sostiene que el crecimiento de Falange «fue del todo proporcional al conjunto de órganos de prensa (...) que fue capaz de controlar directamente tras el alzamiento». FRÍAS, A. R.: «Una aproximación al análisis del personal político y del Movimiento Nacional en la provincia de Soria», en *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 643-654, escribe que el incremento de la afiliación falangista se debió al «populismo y la política demagógica de los gobernantes en su afán de aumentar su clientela». Y, en fin, Glicerio SÁNCHEZ RECIO, en el artículo «La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista», en *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 551-563, afirma cómo «la militancia aumentó considerablemente al convertirse el partido en instrumento único para (...) el acceso (...) a situaciones de privilegios». Sin embargo, frente a estas opiniones, ocurre que FE de las JONS se ha convertido en un partido de masas, al menos en el suroeste español, mucho antes de convertirse en partido único y, por tanto, no se comprende el interés de «los gobernantes» —es decir, no sólo fascistas, sino militares, requetés y derecha reaccionaria—, anterior a la unificación, en aumentar la clientela, precisamente, de los falangistas; como tampoco se entiende por qué sólo Falange permite situaciones de privilegio y no las otras organizaciones que conviven y compiten con ella; en cuanto a la explicación del «control de la prensa», basta decir que, al menos en Sevilla, el diario *FE* no

menos, que llevó, en tan poco tiempo y a tantos hombres, a militar en las filas del fascismo rural sevillano. Pues si sólo FE crece de manera espectacular es porque sólo FE está utilizando el clásico discurso «integrador» fascista.

Como todo fascismo, Falange se presenta con un lenguaje de acerado tono revolucionario, antiburgués y anticapitalista que busca, sobre todo, diferenciarse de sus socios reaccionarios de la derecha. El diario *FE* de Sevilla es un ejemplo arquetípico desde su primer número, aparecido el 1 de septiembre de 1936.

En efecto, a pesar de sus orígenes señoritiles, a pesar de que al estallido de la contienda sus jefes más conocidos, Sancho Dávila, Miranda, El Algabeño, son señoritos latifundistas, el periódico de la Falange sevillana no siente ningún escrúpulo a la hora de proponer cambios profundos en la propiedad de la tierra, y lo hace de una manera bien directa. Así, advierte con toda claridad que la supresión y paralización de la reforma agraria del Frente Popular, ordenada por la Junta de Defensa de Burgos, debe ser entendida sólo como un asunto temporal, antes de volver a «los puntos que Falange Española tiene en su programa sobre problemas del campo»; puntos donde se contemplaba la expropiación a gran escala [37] y la cancelación, por parte de los aparceros, de pagar la renta «a los capitalistas agrarios» [38]. O sea, que el discurso fascista sevillano no tuvo pelos en la lengua a la hora de tocar los problemas sociales más candentes y delicados.

Ante semejante discurso, desde muy pronto, la mesocracia de Sevilla manifestó su antipatía hacia la Falange. Y, desde muy pronto también, los falangistas demostraron su desprecio hacia ella. Sólo quince días después de la salida del diario *FE* aparece en sus páginas la primera arremetida contra la burguesía sevillana por su «torpe actitud» [39]. A partir de ahí, la tensión fue en aumento porque esa torpe actitud significaba, nada más y nada menos, que los «señores potentados» y «el imperio nefasto de los caciques lugareños» eran, en última instancia, los responsables de la guerra [40], y lo peor: no habiendo escarmentado con la matanza, esos burgueses opulentos

---

aparece hasta el 1 de septiembre de 1936, cuando ya los fascistas sevillanos son muy superiores en número a los demás partidos y milicias.

[37] *FE*, 4 de enero de 1937, p. 5.

[38] *FE*, 1 de diciembre de 1936, p. 3.

[39] *FE*, 15 de septiembre de 1936, p. 1.

[40] *FE*, 22 de enero de 1937, p. 5.

sólo buscaban establecer «una dictadura férrea en lo político y un liberalismo en lo económico»[41]. De hecho, hasta el decreto de unificación, no hay número del rotativo falangista que no contenga una retahíla de improperios contra la derecha tradicional. «Contra nosotros están —escriben— el gran capitalismo y la vieja aristocracia»[42], «los inicuos sordos de la burguesía»[43], los «traficantes con el sudor del trabajador»[44], y por eso «nos llaman rojos, pero no nos importa»[45].

No se trata de frases sueltas perdidas en el fondo de una crónica o de un editorial; son grandes recuadros con letras mayúsculas y titulares que a veces ocupan toda una plana: «Las teorías burguesas, por cobardes, serán barridas», se escribe enmarcado en negro[46], y en otro rótulo mayor aún: «Trabajadores: ¿Queréis que se acaben los señoritos ociosos y los parásitos de la sociedad?»[47]. En ocasiones, el recuadro llamativo es una apelación directa a Queipo de Llano: «Señor General: ¿Hay derecho a que los almacenistas y detallistas de todas clases se enriquezcan a costa de la guerra? Esperamos que todos los ladrones vayan a la cárcel»[48].

Con todo, la derecha tradicional sevillana podía hacer oídos sordos a un periódico de partido, por muy multitudinario que el partido fuese; pero si de las descalificaciones se pasaba a las amenazas, la cosa se volvía muy inquietante. No había forma de estar tranquilos cuando el diario anunciaba la inminente toma del poder por la Falange, que aplicaría de inmediato «su programa de desarticulación del capital en el campo, en la banca y en la industria»[49]; mientras que para ir abriendo boca amenazaba a los más ricos de la ciudad con administrarles «la regeneradora invención del aceite de ricino»[50]. Y menos tranquilo todavía se podía estar cuando a través de ese mismo periódico llegaba la noticia de que un jerarca falangista, hablando en un barrio popular y ante un público mayoritariamente obrero, después de alabar

[41] *FE*, 16 de abril de 1937, p. 1.
[42] *FE*, 1 de abril de 1937, p. 3.
[43] *FE*, 27 de marzo de 1937, p. 5.
[44] *FE*, 10 de febrero de 1937, p 3.
[45] *FE*, 16 de marzo de 1937, p. 5.
[46] *FE*, 18 de junio de 1937, p. 3.
[47] *FE*, 9 de septiembre de 1936, p. 5.
[48] *FE*, 13 de enero de 1937, p. 1.
[49] *FE*, 22 de enero de 1937, p. 5.
[50] *FE*, 9 de septiembre de 1936, p. 4.

el acto de justicia que había significado, en su tiempo, la fundación del PSOE añadía: «somos la CNT con camisa azul» [51].

Llegados a este punto, es lógico pensar que nos encontramos ante un discurso demagógico y populista carente de todo contenido real. Sin embargo, dejando aparte el hecho de que la demagogia —y basta echar una ojeada a la política de nuestro tiempo— está presente en todos los partidos, a medida que avanza nuestra investigación nos vamos topando con documentos, de carácter privado o incluso secreto, donde el lenguaje antiburgués y anticapitalista de la Falange está tan vivo como en los periódicos. Por ejemplo, el 24 de diciembre de 1936 el jefe de Milicias de FE de la villa de Alájar en Huelva, se dirige por carta a Queipo de Llano denunciando a varios vecinos, «con verdaderos capitales», por su falta de solidaridad hacia las necesidades del pueblo [52]. O sea, que los recuadros demagógicos del diario falangista de Sevilla, sus escandalosos titulares y sus ataques a la opulencia burguesa no resultan ser tan demagógicos cuando también los encontramos en escritos internos de Falange que no estaban destinados a ver la luz pública.

Por supuesto, un caso no significa nada, pero estamos encontrando cada vez más ejemplos. En septiembre de 1936 un jerarca provincial de la Falange de Cádiz presenta a los obreros del puerto como «tiranizados por los de arriba y explotados (...) por esos señoritos» [53]. En noviembre del mismo año, el jefe local de Higuera de Vargas, en Badajoz, escribe a sus superiores sobre los «desafueros de algunos propietarios» y la vuelta «del señorito como privilegiado para hacer y deshacer a su antojo» [54]. Y en otros informes reservados: «En una España nueva (...) el obrero debe ocupar la posición que le corresponde como colaborador del Interés Supremo *(sic)*», y no ser sólo ellos quienes «tiran del carro de la Nación para que vivan bien los que se creen privilegiados» [55]; «propietarios de un egoísmo desmedido y que son los que (...) nos han llevado a la guerra» [56]; «esos capitalistas» [57];

[51] *FE*, 11 de abril de 1937, p. 8.
[52] AHTRMS, legajo 136, núm. 4.861, p. 1.
[53] *Ibid.*, legajo 147, núm. 5.625, p. 70.
[54] *Ibid.*, legajo 119, núm. 3.785, p. 2.
[55] *Ibid.*, legajo 136, núm. 5.625, pp. 90-91.
[56] *Ibid.*, legajo 119, núm. 3.786, p. 5.
[57] *Ibid.*

«los falangistas éramos, somos y seremos revolucionarios hasta extirpar el mal de raíz» [58].

Y por fin, la última pregunta. Si, como parece, las palabras revolucionarias de Falange no fueron, para muchos, sólo demagogia, ¿fueron sólo palabras? Es decir, esos falangistas preocupados de verdad por la clase trabajadora ¿intentaron medidas que podríamos llamar revolucionarias? Algunos, está claro que sí. Incluso tomaron decisiones que les llevaron a choques directos con representantes de las clases más acomodadas. Los casos son también abundantes. Así, para el mantenimiento de los comedores colectivos que se abren en muchos pueblos, destinados a obreros en paro y a las viudas y huérfanos de los fusilados por la propia Falange, los jerarcas establecen sobre los vecinos cuotas obligatorias progresivas que, a veces, en el caso de los más ricos, son tan elevadas que parecen confiscatorias [59]; así, en un pueblo de la sierra onubense, donde se obliga a las dos personas más ricas de la localidad a un pago mensual de 170 y de 390 pesetas [60]; y, así, en Cortegana (Huelva), donde el jefe local de Falange impone una multa de 25 pesetas a un notable del pueblo que se niega a colaborar con el Auxilio de Invierno [61]. Pero las cosas pueden ir más allá de las cocinas colectivas; hasta pretender tocar el mismo corazón de la clase dominante del suroeste español a través de la reforma agraria. Un caso hemos encontrado: el jefe local de Higuera de Vargas, veterinario de profesión, que propone a la jerarquía expropiar a los grandes propietarios del término entre un 20 y un 50 por 100 de sus tierras, que pasarían a ser tierras públicas y parcelas a repartir entre «yunteros» y jornaleros [62].

Como era de esperar, tales prácticas falangistas provocaron en ocasiones choques con gente importante. En Cádiz, un grupo de falangistas de a pie denuncia a algunos de sus propios jefes por llevar una vida de señoritos juerguistas [63]. En Huelva, el fascismo pueblerino choca con Domingo Fal Conde, jefe regional del Requeté, que es visto como el protector de los «egoístas empresarios» pro-

[58] *Ibid.*, legajo 147, núm. 5.625, p. 135.

[59] *Ibid.*, legajo 136, núm. 4.865, p. 12; legajo 119, núm. 3.785, pp. 4 y 5; legajo 126, núm. 4.230, p. 38; legajo 99, núm. 2.635, pp. 1-4, 7, 12 y 21.

[60] *Ibid.*, legajo 119, núm. 3.785, pp. 4-6; legajo 136, núm. 4.865, p. 2.

[61] *Ibid.*, legajo 136, núm. 4.865, p. 9.

[62] *Ibid.*, legajo 126, núm. 4.230, pp. 34 y 43.

[63] Archivo de D. Fernando de Artacho (Sevilla), Sección Pérez Blázquez, «Acta de acusación».

vinciales. Y en Cádiz, otra vez, el jefe provincial de la Sección Naval de Falange, al querer organizar un sindicato de estibadores en contra de la opinión del «elemento patronal», choca con el mismísimo ejército y da con sus huesos en la cárcel[64]. Pero el mejor ejemplo de estos conflictos con individuos de poder lo hemos encontrado en una comarca de Sevilla.

A finales de 1936, en varios pueblos de la vega baja del Guadalquivir (Palomares, Almensilla, Puebla del Río y Coria), los jefes falangistas obligan a los propietarios —estamos en plena recolección de la aceituna— a pagar unos jornales muy superiores a los que estaban abonando[65]. Uno de esos terratenientes, el primer latifundista de Palomares, se niega. Se trata de Álvaro García Carranza, hermano de uno de los héroes de la Falange sevillana del momento, terrateniente y torero, que los primeros días de la guerra había organizado una banda de caballistas para «liberar» pueblos y cortijos. Pues bien, el jefe local de Palomares acudirá a la jefatura provincial; ésta a Queipo de Llano y el latifundista, hermano del héroe ya muerto, será multado con 5.000 pesetas y la obligación de entregar a sus jornaleros el doble de lo que había dejado de pagarles.

Pero, como era de prever, la cosa no quedó ahí: Queipo terminó levantando la multa y el jefe local dimitió de su puesto[66]. Y es que, por muy revolucionaria y social que se viese a sí misma la Falange, sólo era un socio más, aunque quizás anómalo, de la coalición reaccionaria que se había alzado contra la democracia. De esta manera, todo lo que vino después —entre 1939 y la caída de Serrano Suñer—, las protestas falangistas, incluso callejeras, por toda España contra los reaccionarios del régimen[67], o las denuncias contra la corrupción

---

[64] AHTRMS, legajo 147, núm. 5.625, pp. 90 y 91.

[65] AM de Palomares del Río, legajo sin clasificar, comunicación de los alcaldes de Almensilla, Coria del Río y Palomares dando un plazo de cuarenta y ocho horas a los grandes propietarios de la comarca para iniciar trabajos de labranza en sus fincas.

[66] Documentos en poder de D. Alejandro Casado Casado (Palomares): oficios del alcalde de Palomares a D. Álvaro García Carranza (22 de marzo de 1937 y 6 de abril de 1937), oficio de la CONS dando cuenta de la multa impuesta a García Carranza (21 de febrero de 1937), oficio del Gobierno Civil de Sevilla al alcalde de Palomares (22 de abril de 1938), carta manuscrita de dimisión del jefe local de FE-JONS en Palomares (15 de abril de 1937).

[67] Archivo General de la Administración, Secretaría General del Movimiento, caja 42, Delegación Nacional de Provincias, 1940, Sevilla.

rampante de los «años del hambre» [68], eran sólo fuegos de artificio. En julio de 1941, un lúcido y desesperado jerarca granadino no podía dejar de reconocer «cómo la política de abastos se traduce en un evidente hambre general (...); la gente por ignorancia (...) afirma que la Falange es la culpable. El ambiente político cada vez se encuentra más enrarecido y más distante de nuestro movimiento» [69]. Así, en la época de oro de los fascismos europeos el fascismo español perdía la batalla del apoyo popular.

[68] *Ibid.*, Secretaría General del Movimiento, caja 72, Delegación Nacional de Provincias, 1941, Granada.

[69] *Ibid.*